





# LA MEDICINA

**L**A DEFENSA Y PROLONGACIÓN DE LA VIDA, primordial preocupación del hombre de todos los tiempos, atrajo la atención y suscitó los esfuerzos de los antiguos peruanos cuya cultura estudiamos.

Debió mediar un tiempo grandemente dilatado antes de que los mochicas, con espíritu científico, descubrieran las propiedades curativas de los metales, plantas y animales, hasta lograr establecer instituciones o profesionales exclusivamente dedicados a la defensa de la salud. Los ceramios nos han reservado noticias interesantes acerca de las enfermedades que los aquejaban y los procedimientos de curación que empleaban, los mismos que por sí solos revelan el alto nivel de su medicina. Asimismo, del conocimiento de numerosos secretos terapéuticos con los que constituyeron barreras infranqueables para muchos flagelos infecciosos, que antes de tales prácticas causaban tremendas bajas. En estos ceramios, después de muchas comparaciones, hemos logrado identificar a los antiguos médicos, que eran de ambos sexos.

¿Cuáles eran las características que distinguían a los médicos mochicas? Vamos a verlo enseguida.

Las mujeres (lámina No. 252) eran de edad madura. Aparecen sentadas en el suelo con las piernas cruzadas y un gesto de severidad en sus rostros. Su indumentaria

consiste en una túnica con mangas cortas, aprisionada en la cintura por una faja, y un manto largo que, partiendo de la frente, cubre toda la parte posterior del cuerpo. A pesar de ser relativamente pocas las prendas de vestir, su corte y la manera como son llevadas dan a estos seres cierto aire de superioridad y hasta de elegancia. Como distintivo especial, un ancho collar, todo formado de cuentas planas, rectangulares y estiradas, óseas o conchíferas, rodea el cuello, según puede verse en la figura No. 253. Además, llevan en las orejas vistosos aretes, atavíos que son raros en otras representaciones femeninas. A su costado, siempre se ve una pequeña caja que, sin duda, contenía los medicamentos y amuletos para la curación, y además, los utensilios que servían para administrarlos. En muchas ocasiones es dable observar los remedios en manos de las curanderas. Buen número de ellas han sido representadas, igualmente, en plena función, sentadas frente a sus pacientes (Fig. No. 254).

Los hombres (Fig. No. 255) son de edad adulta. Sin duda pertenecen, por su condición, a un alto rango jerárquico. Todos se muestran regiamente ataviados, exhibiendo magníficos tocados y hermosas orejeras o aretes. Aparecen adoptando la misma actitud que las mujeres (sentados), y en torno a ellos los objetos y útiles de curación. Los que hemos visto en las ilustraciones anteriores se hallan entregados a curar pacientes.

En cuanto a las vestimentas, además de su riqueza, llama la atención su variedad. Llevan en la mano unas pulseras que, a juzgar por su diseño, fueron metálicas.

**Fig. No. 252.-** Curandera que sostiene en una mano la sonaja y en la otra el cactus llamado hoy San José.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSc-021-006)



Fig. No. 253.- Curandera con un enfermo a su costado derecho. En una mano sostiene unos frutos al mismo tiempo que se entrega a la invocación.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (069-004-007)



Fig. No. 254.- Curandera representada en plenas funciones curativas.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (069-004-009)



Fig. No. 255.- Expresivo huaco que nos muestra a un curandero en momentos que examina el cuerpo de una enferma.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (069-004-003)

Con la representación de estos antiguos curanderos aparecen las sonajas que los brujos indígenas de hoy llaman “chunganas” (Fig. No. 256).

Estos mismos ceramios y otros que ilustran el presente capítulo nos permiten conocer los males que aquejaban a los mochicas y los métodos que empleaban para combatirlos.

Pero antes de explicar pormenores, creemos conveniente exponer algunas noticias, comprobaciones tradicionales y experiencias que hemos tenido en las excavaciones.

En casi todos los pueblos indígenas, que hoy prosperan dentro del área que comprendiera el territorio mochica, pueblos cuyos caracteres raciales y costumbres los identifican como sucesores de los mochicas, hemos podido comprobar que la mayoría de las gentes vive largos años sin sufrir ninguna dolencia. Tanto, que llegan a la senectud en el dominio de sus fuerzas físicas y mentales. Tal longevidad y lozanía no se explican sino por la bondad del clima y la vida metódica, libre de excesos, que llevan estas buenas gentes.

Dentro de los pueblos que nos ocupan, sólo existen las enfermedades que nos trajeron las civilizaciones extranjeras, tales como la bubónica, viruela, tifus, entre otras, tremendos morbos que han constituido verdaderos flagelos y diezmaron las poblaciones donde se presentaban en forma de epidemias.

Fuera del paludismo o malaria, enfermedades del aparato respiratorio y de la piel, creemos que la mayoría de los males existentes son y eran de carácter psíquico, fáciles de curar mediante actos capaces de producir reacciones favorables en el paciente, los mismos que se practican hoy, tanto dentro de la medicina como de la hechicería.

De otro lado, en casi todas las tumbas que se han descubierto en los valles de Chicama y Santa Catalina, salvo raras excepciones, se ha comprobado que la mayoría de los cadáveres pertenece a personas adultas. Sólo una circunstancia, por demás importante, nos hace pensar en la existencia de verdaderas plagas en aquella época lejana, plagas que sin duda arrasaron muchos pueblos: el hallazgo de tumbas múltiples en algunos parajes de los mencionados valles, con dos a cinco cadáveres de individuos de distintas edades en cada una. Esto nos induce a creer que en ellas se guardaron los despojos de familias enteras.

La manera como curaban a los enfermos está fielmente expresada en la cerámica: el paciente, completamente desnudo, era colocado en posición dorsal, y ocupaba el frente del curandero o curandera. Esta forma de auscultación al desnudo constituía la mejor manera de diagnosticar el mal y determinar su tratamiento. Entonces el curandero aplicaba las manos sobre el cuerpo del enfermo en las regiones adoloridas o inflamadas; luego, cerraba los ojos y con la cara hacia lo alto, en actitud de invocación, procedía a indagar la causa de la enfermedad y a descubrir el camino más seguro para combatirla (Fig. No. 257). En la conciencia de estos antiguos curanderos influía lo sobrenatural y lo maravilloso. Sus invocaciones tendían, por lo tanto, a excitar el ánimo del enfermo y a lograr su confianza para que éste se resignara después, lleno de fe, a todo cuanto con él hiciera o le administrase su presunto galeno. Por consiguiente, en toda curación regía una poderosa influencia sugestiva, a más de las bebidas de propiedades hemostáticas, analgésicas, euforbiáceas, diaforéticas, etcétera, que se obligaba a tomar al paciente en procura de extirpar sus dolencias.

En el procedimiento descrito, es natural suponer que no todos los tratamientos empleados culminaban satisfactoriamente; algunos pacientes morían, y no era porque el curandero había errado en las medicinas o era incapaz en su profesión, sino porque el destino torvo había sido superior a todo esfuerzo. Las divinidades lo querían así, y como venía de la voluntad de ellas, todo se aceptaba ciegamente. Desde luego, no hay que desconocer que muchísimas nociones médicas se fueron arraigando y depurando poco a poco, a medida que los casos se repetían y era mayor la experiencia del curandero. Y no de otra manera fueron formando su bagaje clínico acerca de los morbos cuyo poder destructor tenían que combatir. Con todo, el pueblo consideraba a los curanderos como seres sobrenaturales. La recuperación de la salud fue un fenómeno que debió influir mucho en sus creencias y en su fe. Actualmente, el indígena guarda veneración por la persona que le ha devuelto las energías, que le ha librado del “mal infernal”.

A este respecto, creemos fundadamente que los hechiceros de hoy, que practican una serie de curaciones utilizando medios y sistemas opuestos a los preconizados por la medicina contemporánea, no son sino, en buena



Fig. No. 256.- Sonaja de cerámica que utilizaron los antiguos curanderos mochicas.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (069-004-004)

cuenta, brotes de viejos doctores de las civilizaciones que antecedieron a los incas. Sus medicaciones, como veremos después, están estrechamente unidas a los poderes curativos de las plantas y a una serie de actos a los que se les daba origen sobrenatural. Estos modernos hechiceros aún son muy visitados por gentes ingenuas que siempre los prefieren antes que a los médicos, y ellos se jactan de mantener vínculos con las divinidades bienhechoras, como los santos cristianos, entre los que se destaca como patrón San Patricio, y también con seres maléficos sobrenaturales, como los “pactos con el diablo”, a la manera del célebre personaje de Goethe.

Siguiendo la tradición, el hechicero, según su afirmación, continúa curando en íntima colaboración con el demonio, quien es el que devuelve la salud, y por lo tanto, permite curas “que no pueden hacer los médicos de hoy”. Esta creencia gravita decisivamente en la

idiosincrasia del indígena, siempre apegado a las costumbres de sus ancestros, motivo por el que difícilmente se amolda a los modernos sistemas curativos.

Las “chunganas” juegan rol esencial en los procedimientos de curación; con ellas, y entonando cánticos, adormecen al paciente y logran imprimir acción benéfica a sus brebajes. En la antigüedad, sin duda, tenían la misma aplicación; por eso tales “chunganas” aparecen siempre junto a los curanderos en los ceramios o en manos de éstos haciéndolos sonar.

Entre las enfermedades que causaban mayor daño en la época mochica, creemos que figuraban todas las de carácter psíquico, o, por lo menos, eran las más comunes y generalizadas. Sin embargo, los ceramios nos presentan casos de males cutáneos, infecciones avariósicas y de cicatrices varicosas, cuyo origen no está debidamente probado. Como casos raros, se registran: la parálisis facial